

CAPÍTULO 7

Entrevista a Edith Alba Pérez

Ramiro Tau

Edith Alba Pérez (La Plata, Provincia de Buenos Aires, 8 de marzo de 1944, 25 de agosto de 2019) fue una Psicóloga Clínica, egresada de la Universidad Nacional de La Plata (1967). Desde su graduación, ejerció la docencia en su Universidad y en la Universidad de Buenos Aires, hasta que fue cesanteada en 1974. Exiliada en Costa Rica en el año 1976, regresó a la Argentina en 1983, con el retorno de la democracia. Desde 1987 es Profesora de la Universidad Nacional de La Plata, en donde, además, dirigió el Departamento de Psicología de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación y luego se convirtió en la primera Decana de la Facultad de Psicología de la UNLP (2006). Paralelamente, ejerció la práctica clínica privada, y colaboró con diversas instituciones públicas de Argentina, en las áreas de educación, salud, infancia y desarrollo humano.

En esta entrevista, centrada en su recorrido estudiantil y en sus acercamientos a la obra piagetiana, Pérez se refiere a sus primeras experiencias en la UNLP y a los circuitos de formación de la psicología local durante las décadas de 1960 y 1970.

—Me gustaría que conversemos sobre algunas experiencias tuyas como alumna de la Carrera de Psicología de la UNLP [Universidad Nacional de La Plata]. En particular, cómo recordás que se veían algunos autores, como [Jean] Piaget, que hoy se siguen estudiando en la Carrera.

[E.A.P.] Yo ingresé a la Facultad en 1962, y egresé el 24 de mayo de 1967. En ese momento todavía no había mucho de Piaget traducido. En mi época de estudiante de psicología trabajábamos básicamente con un capítulo que tenía el *Manual de Psicología* de [David] Katz. Siendo alumna, yo estaba en la cátedra de Mauricio Knobel, Psicología de la Niñez y la Adolescencia, y ahí recuerdo que dábamos toda la parte de inteligencia, que básicamente la tomábamos de Piaget, con el tema de los estadios y demás, de manera muy sintetizada en el *Manual* de Katz. Y también estaban traducidos los libros *Psicología de la Inteligencia* y *La formación del símbolo en el niño*, que lo tenía traducido la editorial Fondo de Cultura Económica. Esos eran los que estaban traducidos y disponibles. *El nacimiento de la inteligencia [en el niño]*, que estaba traducido por la Editorial Aguilar, no se conseguía, estaba agotado, y por eso yo lo tuve mucho tiempo después ese libro. No teníamos el acceso que existe hoy a los materiales de lectura. Teníamos una relación muy diferente al texto y las maneras de conseguirlos eran las bibliotecas o las librerías.

—¿Y esos libros que mencionás no eran parte de la formación de grado?

No, nosotros veíamos allí toda la conceptualización de Piaget sobre la inteligencia, con una ubicación de Piaget como autor, una contextualización de sus intereses. Así como también trabajábamos autores que hoy están desaparecidos del escenario actual, como [Henri] Wallon. Nosotros dábamos Wallon y todo el movimiento de diferenciaciones entre Wallon y Piaget. Y con el tiempo entendí que quien tomó mucho de Wallon fue [José] Bleger. Bleger en sus propios desarrollos sobre el aparato psíquico tomaba cuestiones de Wallon, sobre todo el sincretismo y el salto a la simbiosis. En *Simbiosis y ambigüedad*, de Bleger, hay mucho de Wallon. No en vano eran dos miembros del PC [Partido Comunista]: Wallon fue del Partido Comunista Francés y Bleger del Partido Comunista Argentino. Además, Wallon tuvo una historia muy interesante, ligada a la resistencia francesa contra la invasión nazi, como [Georges] Politzer. A Wallon lo traducían una editorial que se llamaba Grijalbo. También había otra obra de Piaget traducida por Grijalbo, que creo que escribió con [Bärbel] Inhelder. Esos libros los tengo extraviados, porque en mis viajes no me fui con todo y perdí muchos libros...

—Mirando los programas de las asignaturas de esa época uno encuentra que en muchos casos la bibliografía no aparecía consignada, sólo se mencionaba que sería indicada durante las clases; por eso, me interesaría saber qué es lo que efectivamente se leía, porque no hay registro escrito de eso.

Yo no te podría asegurar ahora, pero creo que los estudiantes leían el capítulo del *Manual* de [David] Katz, y nosotros, los ayudantes, completábamos con toda la otra bibliografía, como recurso para dar las clases y además entender con más profundidad lo que se estaba discutiendo. Es decir, las clases eran fundamentales para poder entender lo que se quería transmitir. Era un formato que hacía muy difícil, por ejemplo, una modalidad libre, porque se trataban muchos temas que no estaban del todo claro en los textos y la clase era casi irremplazable. Usábamos mucho *Niñez y adolescencia* de [Joseph] Stone y [Joseph] Church. Esa obra se usaba muchísimo... La que debe saber más es Norma Delucca, que creo que era la JTP [Jefa de Trabajos Prácticos] en esa cátedra. Yo entré después. Las auxiliares, antes del 67, éramos Norma Najt y yo.

—En ese primer Plan de Estudios, con el que vos te formaste, se veía a Piaget para pensar problemas de la evolución y de la niñez. Entiendo que no había una lectura epistemológica de su obra...

No, no la había en absoluto. Nosotros sí sabíamos que Piaget había hecho todo este recorrido desde la biología a la psicología, con el tema de la inteligencia, la adaptación, la asimilación... y también que había un interés en trabajar lo epistemológico, desde una epistemología genética, y demás... Pero había muchos costados de la obra de Piaget que pasaban desapercibidos. Por ejemplo, nosotros no trabajábamos los *Seis Estudios de Psicología*. Todo eso no se daba. Trabajábamos fundamentalmente el tema de la inteligencia. Porque cuando vino Perla Danna, después de estar en París y en Ginebra, nos dio básicamente inteligencia, y ese fue el filtro. Para todo lo que era desarrollo, veíamos a [René] Spitz, *El primer año de vida*, a [John] Bowlby, con *Los cuidados maternos y la salud mental*, y bastante de la Escuela Inglesa...

—¿Y de Perla [Danna] qué podés recordar? Porque es una figura relevante de la historia de la Carrera.

Yo con ella aprendí. Nosotros aprendimos. Nos dio herramientas para explicar algo que para ese momento era difícil de abordar. Durante muchísimos años tuve guardados sus apuntes de clase, porque eran realmente valiosísimos. Ella tenía una formación principalmente francesa o francófona. En realidad, no era psicóloga, tenía formación en ciencias de la educación. No sé si luego hizo un doctorado en psicología, pero ella era Profesora de Historia de la Educación en el [Colegio] Normal 1 y en el Normal 2. Venía del mundo de la educación.

—¿Había en la lectura de la obra piagetiana algún interés por los procesos de aprendizaje, o la inteligencia y los estadios agotaban la presentación?

Nosotros lo veíamos exclusivamente desde la inteligencia. No sé cómo funcionaba en Ciencias de la Educación, pero nosotros, en Psicología, lo veíamos así: inteligencia, por Piaget. El tema del aprendizaje no se mencionaba y creo que en Ciencias de la Educación tampoco. No te olvides que Ciencias de la Educación acá era sólo un profesorado, no una licenciatura.

—En una entrevista, Fernanda Monasterio se refiere a su perspectiva experimental y decía que la psicología debía estar apoyada en tres patas: la psicología experimental, Piaget y Wallon...

Sí, pero justamente, eso, ella no lo daba. Yo no fui una admiradora ferviente de [Fernanda] Monasterio, aunque tenía sus méritos. He descubierto con el tiempo que la gente la ha entronizado de más... Era una mujer difícil. Difícil para dar examen, difícil para tratar... Si vos me preguntaras si en mi formación tengo alguna marca de Monasterio, te diría que ninguna. Te lo digo así, abiertamente. No podría decir que he aprendido algo de ella. Además, enseñaba una psicología de las facultades (la memoria, la atención, la percepción...). Y si bien es cierto que era la psicología de la época, nosotros veníamos de [Luis María] Ravagnan, que era otro estilo. Con él realmente aprendías muchísimo. Y después pasábamos a Monasterio, con la Psicología General, y a una Psicología Experimental que en ese momento la daba [Sara Montagne] de Torres, la mujer de un reflexólogo... No es algo que me haya marcado. Y esos temas, generalmente, los estudiábamos a través de algún manual de psicología experimental. Recuerdo que también se daba algo, aunque muy poco, de Paul Fraisse y el *Tratado de psicología experimental*, publicado con Piaget..., pero de manera muy acotada.

—Avanzada la segunda mitad del siglo XX se hicieron cada vez más explícitos los intentos por establecer una discusión entre psicología y política, o, en términos más amplios, para discutir los fundamentos epistemológicos y las implicaciones de las teorías. Por ejemplo, en los años 70 se publicó el libro *Debates sobre psicología, filosofía y marxismo*, que compilaba una serie de discusiones públicas, de las que participaron [René] Zazzo, [Paul] Ricoeur, [Jean] Piaget...

Sí, claro, a René Zazzo también lo veíamos. Después reapareció en Psicométricas. Pero lo conocíamos. Igual que a [Serge] Lebovici. Todo eso lo veíamos con Mauricio Knobel. De todas maneras, en aquel momento no existía la preocupación que hay hoy por la epistemología. Eso es una realidad que no se puede desconocer. Nosotros no teníamos tantas preguntas sobre los

presupuestos o las implicaciones de las teorías... Vos pensá que nosotros en Filosofía, en primer año, trabajábamos el lugar del Hombre en el cosmos, con Narciso Pousa... Y esa era la única filosofía que teníamos en toda la Carrera, y no había una asignatura sobre epistemología. Entonces, realmente nosotros entramos en la discusión epistemológica mucho después. Entramos con los grupos de estudio y, básicamente, desde el marxismo y toda esa línea. Yo recuerdo que, por ejemplo, a comienzos de la década del 70, cuando Tono [José Antonio] Castorina se fue por primera vez a Francia, nuestra mirada crítica era todavía un poco ingenua... en ese momento nosotros no teníamos una buena formación epistemológica. Y de alguna manera, como pudimos, transitamos todo un camino intentando articular marxismo y psicoanálisis. Hace un tiempo, cuando vino Luis Hornstein a la Facultad, recordábamos que estuvimos unos tres años con [Raúl] Sciarretta en un grupo de estudio... Y ahí, por ejemplo, hacíamos esa articulación. Hasta hace unos años yo tenía todas las clases de Sciarretta guardadas...

—Lo nombraste a Mauricio Knobel... ¿Cuál era su papel en la carrera?

Knobel en realidad estaba a cargo de dos asignaturas: Psicología de la Niñez y la Adolescencia y también Higiene Mental, en quinto año, al final de la Carrera. Él era un psicoanalista ortodoxo, si se puede decir, pero permitió la incorporación de autores diversos, algo realmente valorable. Fue alguien que promovió el diálogo entre perspectivas. De hecho, daba Piaget, era capaz de abrir esa puerta. Por supuesto que predominaban textos psicoanalíticos y del psicoanálisis inglés, porque era su temática. Además, comenzaba una profusión de traducciones importantes de esos temas. Se empezaba a traducir a Melanie Klein, y Paidós comenzaba con esa línea editorial de promoción de todos los desarrollos en psicoanálisis.

—Cuando decís un psicoanalista ortodoxo, te referís a un kleiniano...

Sí, kleiniano y de la APA [Asociación Psicoanalítica Argentina]. Él siempre se mantuvo en la APA. Sin embargo, no sé por qué razón, [Mauricio] Knobel se tuvo que exiliar en el 76, y creo que se fue a Brasil. Era un personaje... muy generoso, aunque desde el punto de vista teórico, yo creo es difícil hacer un juicio claro.

—Mencionaste algunos nombres clave de la Carrera, pero si tuvieras que señalar referentes o profesores que te hayan marcado especialmente en este período de tu formación del 62 al 67, ¿a quiénes incluirías?

Seguramente, Eduardo Colombo, que daba Psicología Social. De hecho, yo he seguido trabajando siempre en esa línea, desde que la conocí con él. Estaba en tercer año su curso. El año en el que nosotros cursamos él se centró, principalmente, en el tema del prejuicio... Daba George Mead, un autor fantástico, ahora completamente ignorado. Colombo era psicoanalista y anarquista, y, si no me equivoco, actualmente vive en París. Con él yo aprendí. Por eso, en el área social de la psicología, a mí me marcaron Colombo, y por supuesto, Armando Bauleo. Esa es la mirada que a mí me atrapó.

—¿Y respecto de tu formación clínica? ¿Quiénes fueron tus referentes?

Yo estudié con Gregorio Baremlitt —ahora está viviendo en Belo Horizonte—. También hice un curso completo con Armando Bauleo, en el que daba técnica y Baremlitt daba psicopatología, desde una perspectiva psicoanalítica. En ese momento era más ecléctica la formación clínica

y gran parte transcurría por los circuitos de los grupos de formación privados. También estudié con Emilio Dupetit, otro psicoanalista que fue Profesor Adjunto de Psicología Profunda, que estaba a cargo de [Edgardo] Rolla. Acá, en La Plata, alguna vez hicimos un intento de escuela postgrado con la Asociación de Psicólogos. Allí estaban Emilio [Dupetit], [Armando] Bauleo, Marta Berlín. Con Rolla también se aprendía mucho. Daba “Neuro”, porque él había sido, durante años, neurocirujano. Era un personaje muy interesante. En las clases mostraba sus manos y decía “me avergüenza decir que estas manos hicieron más de cuatrocientas lobotomías”. Y después de todo ese recorrido por la neurología y la cirugía llegó al psicoanálisis.

—Mencionaste los circuitos de formación privados. ¿Cuál era la modalidad de aquellos grupos? ¿Cómo funcionaban? ¿Se proponía abiertamente un tema, había algún tipo de programa y los interesados se inscribían?

De acuerdo con el tema que te interesaba, vos buscabas al coordinador del grupo de estudio del que querías participar. Eran relativamente abiertos, pero cada docente tenía un área, un tema sobre el que trabajaba. Yo me acuerdo, por ejemplo, que siendo estudiante hice un grupo de estudio con Hebe Ortega, sobre *Simbiosis y ambigüedad*, de José Bleger. Con Fidel Mocio participé en otro grupo de estudio sobre técnicas dramáticas. Y, eventualmente, también venía alguien a dar algún seminario oficial a la Facultad, como [Jaime Guillermo] Rojas-Bermúdez. Todo eso complementaba de manera fuerte la formación de la Carrera. Una cosa que te iba a decir antes y se me pasó es que Fernanda Monasterio estaba muy enganchada con toda la línea de los españoles, porque ella había trabajado mucho tiempo al lado de Gregorio Marañón. Ella venía de esa línea que hacía una asociación particular de la medicina con la psiquiatría. De hecho, era alguien que hablaba mucho de [Pedro] Laín Entralgo, alguien que trajo a la Facultad a toda la psicosomática mirada desde ese lugar. En ese punto, ella sí permitía cierta apertura.

—Y volviendo a los grupos, dijiste que cada uno buscaba al coordinador...

Sí, salvo que fuera oficial, con un programa armado. Si no, uno buscaba un nombre. Había un circuito de recomendaciones informal. “¿Para estudiar tal tema, con quién se puede? Se puede con Fulano, con Mengano...”. Con respecto a la oferta, la mayor parte de los grupos de estudio, eran en Buenos Aires. Era muy poquito lo que había acá en La Plata y, además, era algo informal, muy casero. La formación oficial de postgrado es un *boom* de los años 90 en adelante. Esto no era así en nuestra época, ni había, por supuesto, tanta titulación de postgrado ni nada de eso. Es decir, lo que sucede ahora es post Bologna y con una nueva concepción de la universidad y la formación.

—Los cursos que hacían no tenían ningún tipo de certificación...

Nada. Ninguna certificación, no teníamos nada. Yo me acuerdo de que, en el año 69, en un grupo de estudio que teníamos con Armando Bauleo dimos un curso para estudiantes de Psicología y el local en el que se dieron las clases fue el de ATULP [Asociación de Trabajadores de la Universidad Nacional de La Plata], acá en Avenida 44. Ahí, como docentes, estaban Ana [María] Fernández, Leticia Cufre, Juan Carlos Galosi, una psicóloga que trabaja con [Héctor] Fiorini, Nilda Guerschman, Marta Guinzburg, que ahora está en Israel, Gregorio Kohon, que ahora está

en Londres, y yo. Esos éramos los docentes coordinadores. Dábamos una clase cada uno y supervisábamos al grupo de estudiantes. Y de todo eso no había ninguna certificación.

—En ese contexto, ¿cómo se accedía a la bibliografía que no estaba traducida? Es llamativo que algunos programas de la Facultad incluían referencias a bibliografía en otros idiomas y, además, editadas fuera del país...

Paidós traducía mucho y era una de las fuentes. Al final de los 60 Paidós y Kapelusz traducían mucho. Y también estaba [Editorial] Jorge Álvarez y Eudeba [Editorial Universitaria de Buenos Aires], con una fuerte política de traducción y ediciones accesibles. Eudeba publicó cosas de [Emilio] Rodrigué, manuales de psicología social, una guía semiotécnica del sistema nervioso, que usábamos entonces. El Centro Editor de América Latina empezó a traducir [Gregory] Bateson, la Escuela de Palo Alto y otras cosas más. Pero además de lo que se editaba, circulaban separatas, traídas por alguien que viajaba fuera del país, a veces traducidas y otras veces no — y en ese caso se buscaba a alguien para traducirla—. En verdad, estudiábamos básicamente con libros. Había algunos materiales mimeografiados, pero en general, libros. Se usaba mucho la Biblioteca de la Universidad y algún que otro libro que comprabas para tener en tu casa. Era una cultura de estudio totalmente distinta a la actual. Obviamente también nos pasábamos los apuntes, que eran un recurso clave, como te decía antes, porque las clases eran un pilar fundamental. También había muchas revistas y boletines, revistas de psicoanálisis con artículos que todavía no estaban publicados en libros, notas, entrevistas. Me acuerdo de haberle pedido, a varios que las tenían, las revistas de psicoanálisis para cursar algunas materias.

—Con respecto a los temas de las revistas y boletines de la época, se pueden encontrar textos psicoanalíticos junto a otros de psicología, mayoritariamente del contexto francés...

Sí, esa era la línea. Nosotros con [Luis María] Ravagnan veíamos mucha psicología francesa. Daba también fenomenología alemana, pero más bien a través de la lente de [Maurice] Merleau-Ponty. Recuerdo también una psicología diferencial, que era una mezcla de fenomenología y psicología médica... Y las revistas abordaban todos esos temas, muy en línea con las tradiciones francófonas.

—Norma Delucca en algún momento se refirió a su generación como la de los que tuvieron que perfilar la Carrera, cuando las orientaciones no estaban definidas. ¿Vos compartís esa percepción sobre tu generación?

Lo que nos diferencia es que Delucca es de la primera generación y realmente la Carrera no tenía una forma clara ni una dirección teórica nítida, era todo un proyecto. Nosotros ya encontramos la situación mucho más establecida. Ellos tuvieron que salir a buscar profesores o ir tapando los agujeros con los que había. Yo creo que esa fue una cuestión de la primera generación, que yo no viví. A nosotros lo que nos marcó y complicó fue el 66. El profesor de Psicoterapia, por ejemplo, renunció cuando fue la Noche de los Bastones Largos [29 de julio de 1966]...

—O sea que la Carrera vivió una institucionalización bastante rápida, porque vos ingresaste a la carrera sólo 4 años después de su apertura...

Sí, y ya estaba instalado fuertemente el psicoanálisis. Vos pensá: Niñez, Psicología Profunda, una Psicología Diferencial que estaba dada desde la mirada del psicoanálisis, [Eduardo Raúl]

Colombo, [David] Ziziensky que daba una fenomenología alemana, [Mauricio] Knobel, [Ángel] Fiasché en sexto año. Después también tenías a un personaje como [Luis María] Ravagnan, pero era alguien muy abierto y daba psicoanálisis, así como enseñaba a [Edmund] Husserl o a [Maurice] Merleau-Ponty. Ahora que recuerdo, otro con el que aprendimos muchísimo, uno de los que dejó marca, fue el gran Juan Carlos Pizarro. Él estaba a cargo de Psicodiagnóstico y era un experto en el manejo del Rorschach.

— ¿Y tú recorrido como docente cómo fue?

Yo me recibí estando en la cátedra de Psicología de la Niñez y entré después a la de Psicología Social, con [Norberto] Rodríguez Bustamante, con quien terminé peleada por cuestiones teóricas y me fui. Él era un funcionalista norteamericano. Entonces me fui a Psicología Social II, que estaba a cargo de Hebe Tizio. Eso fue en los años 70 y nos ocupábamos de dar grupos e instituciones. Y estos temas con diversos autores. Había un poco de todo: Elliott Jacques, alguna cosa de [Jacob Levy] Moreno, [Enrique] Pichon-Rivière, la escuela inglesa, con [Wilfred Ruprecht] Bion... En cierto modo eso le fue dando dirección a lo que seguí haciendo en la universidad toda mi vida.

—¿Y después de esa experiencia en la cátedra de Psicología Social?

Después de esa cátedra me fui a mi casa. Porque estuve ahí hasta que en el 74 me cesaron. En el 76 me fui del país a Costa Rica y volví en el 83, con el retorno de la democracia, y empecé a trabajar en la UBA [Universidad de Buenos Aires], en la cátedra de Goyo [Gregorio Gerardo] Kaminsky y de Ana María Fernández. A la UNLP [Universidad Nacional de La Plata] volví recién en 1987, cuando se abrió un curso para el cuarto año, como adjunta de Kaminsky, en Psicología Institucional. Y aquí estoy. Pero ese período es otra historia...

La Plata, diciembre de 2018